

La otra realidad, el otro mundo de Manuel Rodríguez

Francisco Martínez Perea

“Ningún artista ve las cosas como son en realidad; si lo hiciera, dejaría de ser artista”. La frase es de Oscar Wilde y podría resumir de la forma más sencilla y precisa el universo de formas, colores, sueños, ilusiones y mensajes que prevalece en todas y cada una de las obras de Manuel Rodríguez. Porque Manuel Rodríguez, como todo buen artista que se precie, no ve las cosas como los comunes de los mortales ni, afortunadamente, como la realidad se afana en mostrarlas. Manuel es fiel a la realidad, pero a su propia realidad, tan llena de sutilezas como desprovista de formalidades. Su mundo es otro mundo. Un mundo dulcificado por la magia de los colores, pero comprometido con las causas nobles, con las menos nobles y hasta con las dramáticas. Nada es caprichoso ni superficial en el mensaje. Cada pincelada, cada rojo, verde, amarillo, azul, violeta, gris, negro o blanco, forma parte de un todo increíblemente coherente y bello. El pueblo, la sierra, el mar, la Naturaleza en sus formas infinitas, las flores, amaneceres y ocasos, la pasión, el amor, la ternura, la rebeldía y hasta el rechazo son parte de ese su particular universo que aflora y se reivindica en cada mínimo espacio del lienzo. Alma pura desatada, estallido de sueños, traca de colores, torrente de pasión, arrebatado, sueño, vida...

Manuel Rodríguez ha conseguido, tal vez sin proponérselo, o sin ser demasiado consciente de ello, lo que se le niega a la mayoría de los artistas: crear escuela. La suya es una pintura tan espontánea, tan directa y tan sincera, que no tiene encaje posible en eso tan abstracto y absurdo que algunos llaman cánones. No hay en su obra más patrón que el dictado de su inspiración ni otras pautas que las que marcan los sentimientos. John Ruskin, otro ilustre pensador, dejó escrito que “el mayor artista es aquel que en la suma de sus obras ha incorporado el mayor número de sus mejores ideas”. Por eso es grande Manuel, además de por sus extraordinarios valores humanos y admirable sencillez. El Manuel Rodríguez pintor, alboloteño hasta la médula, ha llevado a los lienzos el mayor número de sus mejores ideas y, lo que es todavía más meritorio, sin traicionar nunca ni prostituir su forma de entender el arte. Si se analizan las obras de este insigne creador y se comparan épocas diferentes, se podrá ver que en la permanente búsqueda de su propio ideal pictórico hay pequeñas licencias en forma de simplificaciones, pero en ningún caso rupturas. En todas y cada

una de sus obras prevalece el mismo fervor por el color, la misma inquietud por el mensaje -todos sus cuadros lo tienen- y la misma pasión por la luz y la transparencia. Algunas ideas y venidas no son sino la consecuencia de un hecho que avala todavía más su trayectoria artística. Porque el Manuel Rodríguez de hoy, en plenitud de madurez y creatividad, está también perfectamente reflejado en la pintura del Manuel Rodríguez que irrumpió hace muchos años en el panorama artístico de Granada con una propuesta diferente a todo lo conocido y tan deliciosa en el fondo y en las formas como aparentemente ingenua. Siempre el mismo pintor, el mismo hacedor de fantasías, el mismo sentimiento, el mismo ardor, la misma vehemencia cromática, el mismo impulso. Siempre en estado puro. Siempre fiel a sí mismo. Siempre Manuel Rodríguez. Siempre genial.

Le oí comentar a un cineasta argentino que él buscaba cada día la perfección para poder llegar a ser mediocre. En el caso de Manuel Rodríguez cabría decir que ha buscado siempre la sencillez y la autenticidad para convertirse en lo que actualmente es, un gran maestro de la pintura.